

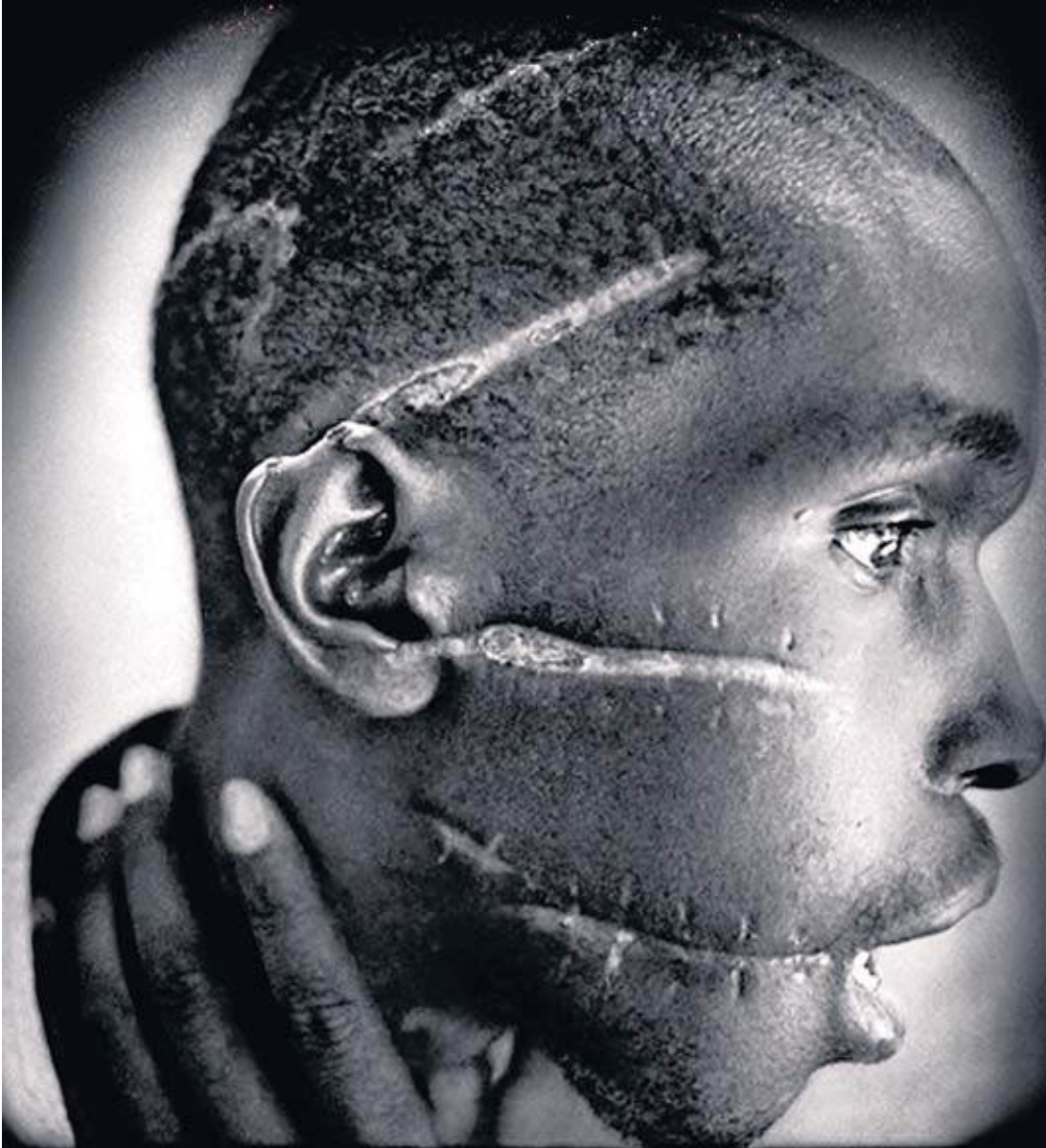


Ruanda guarda silencio

Veinte años después del genocidio contra los tutsis y las posteriores masacres de hutus, el miedo sigue presente

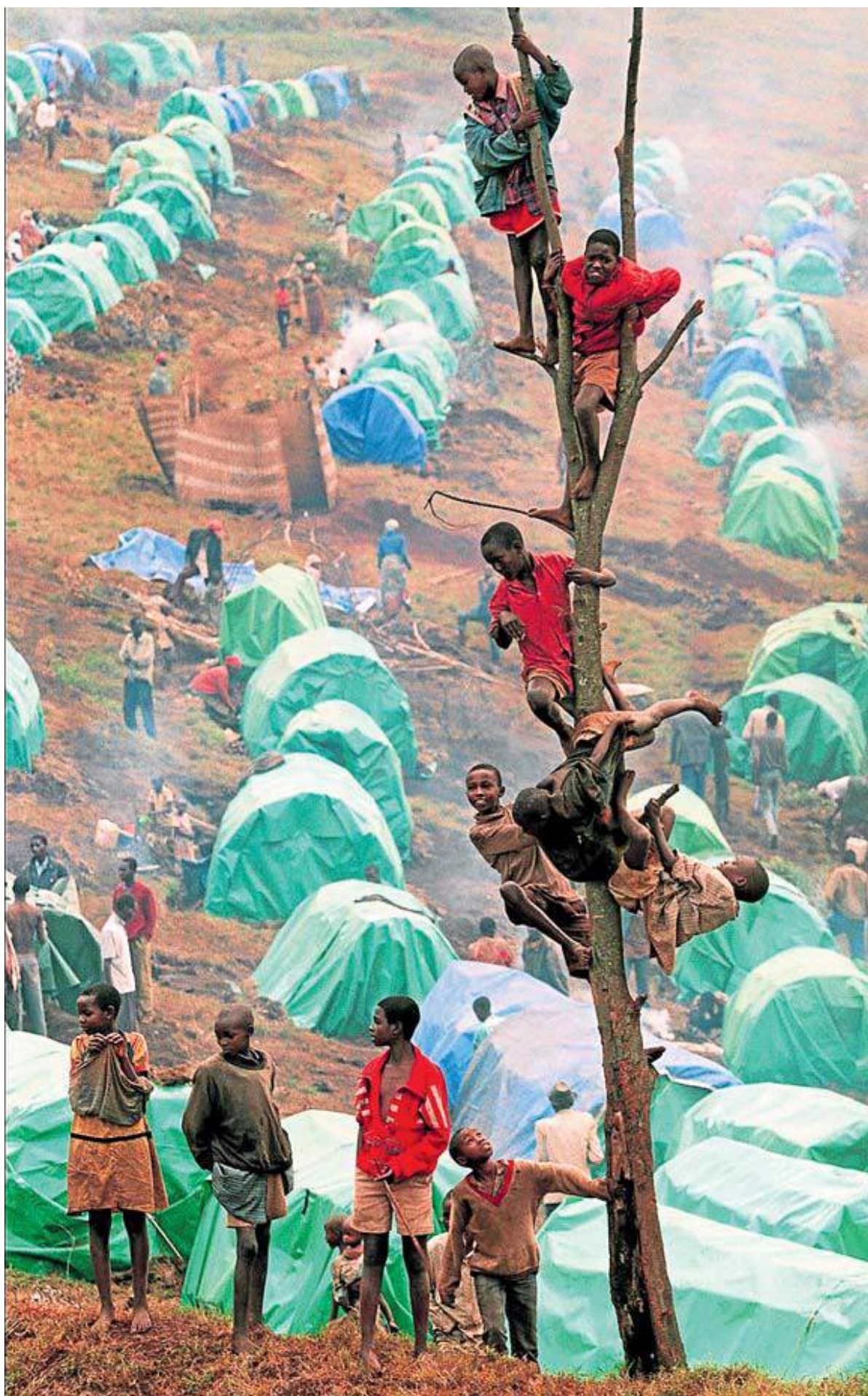


LA VÍCTIMA DE JOSÉ FERNANDO ORTEGA SERÁ ACUSADO DEL INTENTO DE HOMICIDIO DE UN POLICÍA LOCAL **P75**



Un hombre hutu que no apoyó el genocidio de los de su etnia contra los tutsis muestra en 1994 las terribles cicatrices de un machetazo en la cara.

:: JAMES NACHTWEY



1994. Varios niños se encaraman a un árbol en un campo de refugiados tutsis en Niyishishi, al sur de Ruanda, protegido por soldados franceses.

:: PASCAL GUYOT/AFP

:: ISABEL IBÁÑEZ

Veinte años hace hoy del primero de aquellos cien días en los que casi un millón de personas fueron asesinadas a machetazos y a tiros, siguiendo instrucciones que llegaban por la radio. Es difícil entender cómo fue posible forzar la máquina de matar para provocar tanto horror en tan poco tiempo. Cómo simples ciudadanos, agricultores y ganaderos de la etnia hutu afilaron sus machetes de trabajo y cercenaron la vida de vecinos y familiares de la minoría tutsi (y de hutus moderados), que tradicionalmente disfrutaban de más derechos que ellos. Poco o nada habíamos oído entonces de Ruanda, país con un pasado colonial belga. Veíamos los informativos después de que los presentadores avisaran de la crudeza de las imágenes: muertos amontonados, cuerpos sin vida flotando en los ríos, niños -los que lograron sobrevivir- llorando solos... Dice Unicef que 100.000 huérfanos vagaron aquellos días entre cadáveres. Nadie lo impidió.

La semana pasada tuvo lugar en Madrid un ciclo de charlas con este trágico aniversario como eje central, impulsado por el Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria. En una de las jornadas, se lanzó a los expertos esta pregunta: ¿Hicimos algo para parar aquello? Todos respondieron con un no. Entre ellos, José Antonio Bastos, presidente español de Médicos Sin Fronteras: «Allí perdí la poca inocencia que me quedaba. No se había visto nada igual hasta entonces. Supe a cuánta degradación puede llegar el ser humano, aunque también hubo gestos de heroísmo, en todas las guerras los hay, hutus escondiendo a tutsis...». De repente, Bastos cambia el tono triste por el de enfado para hablar de lo que a su juicio podría considerarse otro crimen contra la humanidad, la «no acción» de la comunidad internacional. «Nos sentimos estafados. Tras la Segunda Guerra Mundial nos dijeron que nunca volvería a ocurrir algo así. El Consejo de Seguridad de la ONU bloqueó la posibilidad de actuar en Ruanda y el mundo, avergonzado, envió dinero des-

Los religiosos españoles en Ruanda han hecho un pacto de silencio: «Lo menos que puede pasarnos es que nos echen. Y aquí necesitan nuestra ayuda».



pués a los campos de refugiados para ayudar en la crisis humanitaria. Los dirigentes se iban a hacer fotos por su mala conciencia».

El presidente de Médicos sin Fronteras estuvo en aquella zona del planeta en dos ocasiones. La primera, en 1994, en pleno genocidio. La segunda, en 1996, durante la venganza, cuando los tutsis en el poder masacraron a los hutus. Entraron en los campos de refugiados de la vecina República Democrática del Congo y los desmantelaron. Muchos de ellos volvieron a pie a Ruanda, pero miles y miles huyeron hacia el interior de aquel país y fueron torturados y asesinados. Más horror. Se dice que en la década de los 90 pudieron llegar a morir hasta cuatro millones de ruandeses, aunque es difícil precisarlo. Da igual; en cualquier caso, algo demasiado grande para asumirlo, y menos en solo dos décadas.

Ruanda es desde el año 2000 un país bajo el mando de Paul Kagame, un tutsi. Aunque esta palabra no puede pronunciarse allí, está prohibido referirse a las etnias con la convicción de que eso cerrará heridas y evitará que algo similar vuelva a ocurrir. Pero hay otras cosas que tampoco se dicen. Este periódico contactó con dos religiosos españoles que llevan en el país toda la vida. Ninguno quiso colaborar: «No podemos hablar, en el mejor de los casos estaríamos fuera de Ruanda en menos de 24 horas. Y nos necesitan aquí», cuenta uno. «Han sufrido por ambas partes, por

el bien de la población no podemos hablar. No lo sigas intentando, ningún misionero te dirá nada», explica el otro.

«De eso no se habla»

Al ser preguntados, la mayoría de los ruandeses vuelve la cabeza, «de eso no se habla». Una mujer que huyó del genocidio y se refugió en nuestro país dice que es normal: «Te pueden matar. Ahora mismo, esta conversación está siendo escuchada. Me da igual, aun así, prefiero que no pongas mi nombre ni a qué me dedico». Perdió a sus padres, en su familia había hutus y tutsis «y no teníamos problemas». Nunca ha vuelto allí. Se niega a recordar aquello. «¿Pero cómo vamos a olvidarlo? Todos los años, por abril, periódicos, revistas y televisiones nos lo devuelven. No sé quiénes son los verdugos, todos hemos sufrido. No fue una cosa étnica, sino una lucha por el poder político, por no hablar de los intereses por los minerales que tiene el vecino Congo. Parece que Ruanda ha cambiado, dicen que han construido edificios, que se ha desarrollado, pero la gente se sigue muriendo de hambre, estamos lejos de la reconciliación. Algunos la quieren, pero no el Gobierno. Pregúntale a Victoire Ingabire. Vivía exiliada en Holanda y en 2010 volvió para presentarse a las elecciones con un partido que promueve el diálogo. En cuanto llegó la metieron en la cárcel acusada de intentar desestabilizar el país, y ahí sigue». Ingabire es un símbolo para los que denuncian la represión de Kagame.

El periodista español Alfonso Armada cubrió en su día el genocidio y entiende «el miedo». «Se ha instaurado un régimen eficaz que funciona bien desde el punto de vista político, económico y policial. Ruanda es de los países más organizados de África, pero es una dictadura. El régimen ha conseguido que por la mala conciencia de EE UU y Reino Unido le den mucho dinero. Hay miedo a que vuelvan los odios étnicos y se ha impuesto un control férreo. Todo disidente es encarcelado o eliminado; el sistema de información de Kagame es muy eficaz, está inspirado en el de Israel. Y el peso del genoci-



El terror y la muerte se adueñaron del país aquellos años. :: R. C.



Los niños de entonces son hoy jóvenes que no olvidan. :: R. C.

dio es tan grande que nadie se atreve a hablar contra el Gobierno ni desde fuera. Igual que con Israel, lo que pasó en Alemania con los judíos hace que si hablas contra su política actual seas poco menos que antisemita. Y no tiene nada que ver; la existencia de las masacres a hutus no quita importancia al genocidio tutsi».

Memorial para los hutus

Joan Casòliva es un seglar que comparte religión en dos institutos catalanes y el impulsor de la ONG Inshuti/Amigos del Pueblo de Ruanda. Estuvo a punto de ordenarse sacerdote, aunque no lo hizo. Viajó a aquel país poco antes del genocidio y desde entonces vuela allí todos los años. Cerca, porque no puede entrar: la ONU lo denunció en 2009 por haber financiado a los hutus. «Y ahí se quedó la cosa; no fue a más porque era mentira, claro. Nunca hicimos eso, llevamos dinero para una escuela y nada más. Fue algo interesado. Nosotros habíamos denunciado al régimen de Kagame por crímenes contra la humanidad y el juez de la Audiencia Nacional Fernando Andreu nos dio la razón. Es un auto con declaraciones de militares desertores del Gobierno actual que cuentan las barbaridades que cometieron, entre ellos la muerte de nueve españoles en Ruanda y Congo entre 1994 y 2000. Por eso quisieron desprestigiarnos a nosotros y al auto».

Casòliva dice que la reconciliación no será real hasta que no se reconozca a las víctimas hutus. «Los tutsis tienen su memorial en Kigali, con los huesos de sus muertos. Los hutus piden lo mismo en el Congo, donde 250.000 fueron masacrados». Cree que algo así podría volver a ocurrir. Tampoco lo descartó Justo Lakunza, de los misioneros Padres Blancos, orden a la que pertenecía el primer español asesinado en Ruanda, Joaquim Vallmoll: «Las futuras generaciones van a mirar en el cajón de la abuela, a recorrer la Historia de nuevo. Ahora tienen 20 años aquellos niños que iban en brazos de sus madres cuando las mataron, que quedaron solos en el campo. Es imposible que hayan olvidado. Si aquí aún andamos siempre con las dos Españas, imagínate aquello».

EL HORROR DE RUANDA

800.000

personas perdieron la vida en aquellos cien días de 1994. El Gobierno ruandés habla de 1.200.000 muertos en el genocidio. Posteriormente, los campos de refugiados hutus en el Congo fueron atacados y desmantelados por militares tutsis. Se dice que pudieron morir unos 250.000 civiles.

En la actualidad

Hay 12 millones de ruandeses. En 1995 tocaron mínimos con 5,6 millones (cinco años antes eran 7,2). Según el Banco Mundial, Ruanda es el segundo país africano, tras Mauricio, para hacer negocios, aunque el 73% de la población vive de la agricultura y el

45% es pobre.

Está sucediendo ahora

José Antonio Bastos, presidente de Médicos sin Fronteras, denuncia que «algo similar se está viviendo hoy en la República Centroafricana, en la República Democrática del Congo y en Siria, y nadie hace nada».

Repercusión en las ONG

Bastos cree que Ruanda supuso un cambio para las organizaciones humanitarias: «Se dijo algo así como que nosotros deberíamos haber prevenido el genocidio. Y las ONG que no tienen independencia económica deben ocuparse ahora de labores más políticas. Por ejemplo, se las obliga a concienciar sobre democracia en vez de construir letrinas».

Alfonso Armada: «El peso del genocidio es tan grande que nadie se atreve a criticar al Gobierno»

Joan Casòliva: «No se ha reconocido a las víctimas hutus y así no puede haber reconciliación real»